

IN MEMORIAM  
FRANCISCO RICO MANRIQUE  
(28.IV.1942–27.V.2024)

BIENVENIDO MORROS MESTRES  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA



UNA MIRADA MÁS PERSONAL  
FRANCISCO RICO MANRIQUE, MAESTRO Y AMIGO

Cuando estaba acabando COU (hoy segundo de bachillerato) el profesor de literatura que me había dado clase de esa asignatura, Adolfo Sotelo, me habló de Francisco Rico como uno de los mejores filólogos de entonces. La información me la daba porque me había tocado cursar la carrera de filología española en la UAB, a pesar de vivir a veinte minutos andando de la UB. Esa fue la primera noticia que tuve del profesor que ejerció una de las mayores influencias en mi formación en la disciplina que elegí cuando tuve noticia de su existencia (de la disciplina a la par que del profesor Francisco Rico). Antes de ese doble conocimiento había pensado estudiar biología. Por suerte cambié de propósito, y empecé filología española en la UAB, pero tuve que esperar a tercero de carrera para recibir las clases de Francisco Rico en la asignatura de Literatura Medieval.

En sus clases Francisco Rico seguía todo un ritual: empezaba pasando lista (incluso lo hizo en una ocasión en que había dejado grabada la clase porque no podía darla presencialmente), preguntaba aleatoriamente a los alumnos (por eso siempre la primera fila del aula estaba vacía) y finalmente entraba en la materia que según el programa debía explicar. No dejaba nada para la improvisación, porque los temas los tenía escritos en unas hojas que empezaban a amarilllear con una caligrafía redonda que a veces tiraba a cursiva. A pesar de depositar esas hojas en la mesa del profesor nunca leía en clase y su discurso era desenvuelto y

espontáneo. En las asignaturas de segundo grado, las consideradas de especialidad, cuando la universidad española no estaba aún sometida al plan Bolonia, nos llegó a dar un curso entero sobre el *Libro de buen amor* y otro de variedades (como lo llamaba él) en que nos permitía a los alumnos la elección de la materia, siempre de literatura medieval, que más nos podía interesar.

Esos dos cursos de especialidad no solo tuvimos el privilegio de recibir sus enseñanzas en clase sino también el de asistir a las tertulias literarias que una vez a la semana solía organizar en las mismas aulas de la UAB con los escritores más conocidos de entonces. Gracias a esas tertulias pude conocer a poetas como Jaime Gil de Biedma o a novelistas como Eduardo Mendoza, Ana María Matute, Manuel Vázquez Montalbán, Juan y Luis Goytisolo, Ester Tusquets, entre otros muchos. En cada tertulia intervenía solo un escritor, el invitado de esa semana, con quien Rico mantenía un diálogo divertido y directo sobre su obra y pensamiento. Los alumnos disponíamos de un turno de preguntas en los últimos quince minutos de la tertulia. A ese propósito recuerdo los consejos que nos daba Gil de Biedma, que repitió tertulia, sobre la conveniencia de imitar a los poetas mediocres porque, a diferencia de los más grandes, eran susceptibles de ser mejorados.

Una vez licenciado de primer grado hice la tesis con Alberto Blecuá porque me había propuesto el tema sobre las polémicas garcilaianas en segundo de carrera. Sin embargo, en esos años, no dejé de colaborar con Francisco Rico, especialmente en su nueva edición del *Lazarillo de Tormes* para Cátedra, que salió a la luz en el año 1987, el mismo en que fue elegido miembro de la Real Academia Española. En los años de esa colaboración asistía cada sábado a su casa de San Cugat para revisar las notas que durante la semana había escrito sobre la novela anónima, mientras él estaba en Madrid, en el Ministerio de Cultura, como director general de Carlos Solana. Eran sesiones en que aprendí realmente en qué consistía el discernimiento filológico que había preconizado para sus ediciones de texto. Me enseñaba qué debía anotar en cada caso y también la forma de hacerlo, procurando siempre la claridad y la brevedad; y si, en ocasiones, el texto objeto de estudio se resistía a la interpretación o a la identificación de la fuente que lo había inspirado me aconsejaba hacerlo constar en la nota correspondiente para no despistar al lector con la omisión de una información que podría darse por supuesta cuando no era el caso. Siempre me inculcó esa honestidad filológica de la que había hecho gala en sus admirables ediciones de los clásicos.

Para esa edición del *Lazarillo* Rico decidió usar el método neolachmanniano, con el que ya estaba familiarizado en el año 1970, como lo demostró en su excelente reseña de la edición crítica de la novela preparada por José Miguel Caso González. En estricta aplicación del estema elaborado por Caso le ayudé a redactar el aparato crítico convirtiendo en notas los acertados análisis que había hecho en su reseña de las variantes del texto. Solo unos años después Francisco Rico apostó por otro tipo de ecología, una ecología que hiciera frente a los problemas inherentes al

proceso de impresión manual. El resultado fue, como todo el mundo sabe, su excelente edición del *Quijote*, liberado de los muchos errores que se colaron por las prisas del primer impresor y por la improvisación de Cervantes.

Volviendo a sus años de Academia y Ministerio, fue también entonces cuando Francisco Rico me propuso la edición de la obra poética de Garcilaso de la Vega para su Biblioteca Clásica, que pronto echaría a andar con los primeros volúmenes de los ciento y uno programados y todavía no completados. Me había hecho desistir de mi idea inicial de editar el *Cantar de Mio Cid* en colaboración con Alberto Montaner porque debía pensar que dividiendo llegaría a vencer. Afortunadamente los dos, Alberto y un servidor, obedecimos a Rico, y, siguiendo sus instrucciones, Alberto volvió a su *Cantar* y yo ya empecé a anotar los versos de Garcilaso. En el proceso de esa edición me orientó en muchos aspectos, especialmente en los formales, dadas las características tan especiales que presentaban las ediciones de Biblioteca Clásica. Solíamos reunirnos en su casa los domingos por la mañana (ya quedaban atrás los sábados por la tarde). Antes de plantearle las dudas y progresos que me habían llevado allí o debía acompañarle a comprar por diferentes establecimientos de San Cugat o también ayudarle a ordenar libros porque era maniático de las cosas colocadas en su sitio preciso. Al marcharme siempre me regalaba libros, o ejemplares de los primeros volúmenes aparecidos en Biblioteca Clásica, o otros correspondientes a los fondos de colecciones que había dirigido. En esas reuniones introducía el simpático ritual del aperitivo compartido con su hijo pequeño. Era todo un experto en su preparación porque para eso también procedía con la misma meticulosidad que como filólogo.

Como los dos solíamos trabajar de madrugada en muchas ocasiones nos llamábamos por teléfono en horas próximas al alba para tratar cuestiones siempre relativas al trabajo que tenía pendiente con él. Solían ser conversaciones largas porque debía ponerle al corriente del trabajo realizado desde la última vez que habíamos hablado. Incluso en ese medio de comunicación, en la prehistoria del móvil y el wasap, seguía siendo brillante y agudo en todas las observaciones que me hacía. Creo que era plenamente consciente de estar recibiendo las mejores clases sobre literatura por teléfono y a unas horas del todo intempestivas.

A la inversa que Francesco Petrarca, al que dedicó una buena parte de su obra, Francisco Rico creó una imagen de sí mismo que no siempre se correspondió con el hombre que realmente fue. En ocasiones representaba el papel del hombre huraño y antipático porque pretendía ocultar, seguramente por timidez, la faceta del hombre agradable, social y sobre todo generoso que dejaba entrever en las distancias más cortas y, especialmente, en casos en que debía serlo a beneficio de los afortunados que pudimos tener una relación más estrecha con él. Petrarca había hecho todo lo contrario: había ocultado su yo obsesivo y depresivo para inventarse otro yo, falsificando fechas, con una transformación espiritual e intelectual que le confería una personalidad más simpática. Francisco Rico fue

quien descubrió esa doble personalidad de su tocayo y lo había dejado claro desde el título de su gran libro sobre el poeta de Arezzo: *Vida u obra de Petrarca, I: Lectura del 'Secretum'* (Padua 1974).

Francisco Rico fue generoso con prácticamente todos sus discípulos (y utilizó el adverbio porque siempre en la vida puede haber una excepción, que en este caso ignoro), cuando más lo necesitábamos. En tercero de carrera uno de esos discípulos, al quedarse huérfano de padre de forma repentina, debía de abandonar los estudios para buscar un trabajo con que mantener a su madre y a su hermana. Francisco Rico le proporcionó un trabajo por la tarde en una editorial para que por la mañana pudiera seguir asistiendo a clase. Cuando yo no pasaba por un buen momento en mi vida personal, fue capaz de organizar una comida en un magnífico restaurante de San Cugat junto a mis mejores amigos de esa época. Antes de asistir juntos al restaurante me citó en su casa para decirme que nada le debía y para exonerarme de los compromisos que había contraído con él: la segunda edición de Garcilaso y una colectiva del *Libro de buen amor*.

Cuando un tiempo después me recuperé volví, encantado, a asumirlos con unas fechas que por desgracia no he podido cumplir. Rico siempre me llamaba por teléfono, cuando menos lo esperaba, para reclamarme esos dos compromisos: creo que era la excusa para saber de mí y si todo iba bien en mi vida. A veces, ya con las neuronas cansadas por la erosión de los años, pienso que un día de estos volveré a recibir su llamada para recordarme cómo va mi Garcilaso, y que yo le responderé que tenga un poco de paciencia porque pronto podrá leerlo junto a Alberto Blecua, cuya ausencia también llevo fatal. Los dos, Paco y Alberto, seguirán andando juntos todos los caminos, aunque ahora ya no sé por dónde, como cuando los empezaron en una universidad en blanco y negro, la de una Barcelona, pobre y brillante (como el Madrid de Valle-Inclán), que ya no existe.